



Demetrio Boersner

La Hora Internacional

Entre mediados de marzo y de abril de 1991, América Latina dio algunos pasos en la búsqueda de su porvenir. En uno de los extremos geográficos de la región, Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay formalizaron la creación de "Marco-Sur", un importante proyecto de integración subregional. En el otro extremo, México adelantó gestiones para su integración, no con socios latinoamericanos sino con las potencias angloparlantes de América del Norte. Entre los dos, el SELA mantuvo su incansable actuación en pro de la concertación latinoamericana global e independentista, procurando sobre todo una mayor unidad de criterios ante la Iniciativa para las Américas del presidente George Bush.

Las iniciativas latinoamericanas se enmarcan dentro del "Nuevo Orden Mundial" surgido a raíz de la victoria de Estados Unidos en la guerra del Golfo Pérsico-Arábigo. Es un nuevo orden unipolar, de "imperio universal" ejercido por la potencia norteamericana. Que esa hegemonía mundial de un solo país sea larga o breve (nos inclinamos a opinar que será de duración limitada), en todo caso constituye el actual marco de referencia para las decisiones que adopte cualquier dirigente nacional.

En conformidad con su empeño de imponer su paz y su orden al mundo, Estados Unidos realizó esfuerzos para estabilizar al Medio Oriente. Pero en esa región continúa la violencia, y sus problemas son muy complejos y delicados.

Surgen dificultades y peligros cada vez más preocupantes en el proceso de liberalización de Europa del Este y de la Unión Soviética. La forma brusca y radical en la cual algunos países de esas áreas quieren pasar de un socialismo autoritario y centralista a un capitalismo archiliberal y sin fundamentos morales ni sociales, está causando graves síntomas de confusión, miseria y conflicto. Los nacionalismos étnicos y provisionales que amenazan la existencia de Estados tales como la

URSS y Yugoslavia constituyen otros tantos factores de odio y de fragmentación. El Occidente europeo, avanzando en su propia integración supranacional, se siente consternado ante el fenómeno opuesto, de signo anarquizante, que se presenta en su vecindad oriental.

Alemania, hasta hace poco tan orgullosa de su reunificación, ha comenzado a sufrir serias divisiones y convulsiones, por el contraste entre su Oeste próspero y su Este hundido en la pobreza y la desesperación por lo menos momentánea.

La crisis socioeconómica estructural que causó el colapso del comunismo, el estancamiento del tercer mundo, y recurrentes alarmas recesionistas en el área capitalista desarrollada se ve agravada —cada día es más evidente— por la falta de liderazgo político convincente y grande. La mayoría de los países no tienen los guías que necesitarían.

LATINOAMERICA ENTRE MERCOSUR Y ZNALC

El 26 de marzo se firmó en Asunción, el tratado para la iniciación de un proceso que habrá de culminar, para el año 1995, en la creación de un Mercado Común integrado por Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay. Se mantendrán las puertas abiertas para la futura participación de otras naciones suramericanas, tales como Chile.

Argentina y Brasil, rivales tradicionales por la hegemonía sobre la parte sur de nuestro continente, se vieron impulsados por sus simultáneos procesos de democratización política y por sus problemas económicos, a intentar este nuevo y grande ensayo de unidad y cooperación. Paraguay y Uruguay, tradicionales objetos de la rivalidad hegemónica mencionada, han recibido garantías y alientos para

su participación en el proyecto, en un plano de igualdad política.

Como es el caso de todos los proyectos de integración de países en desarrollo (a diferencia de los industrializados), la voluntad política precede a la realidad económica, con empeño de crear las condiciones para plasmar en logros materiales lo que hoy son sólo intenciones acompañadas de cronogramas. Por esa precedencia de la decisión política sobre la realización económica, es evidente que los proyectos de integración latinoamericana —tanto Mercosur como el Pacto Andino y ALADI a nivel global— para tener éxito no podrán seguir las pautas del neoliberalismo irrestricto, sino deberán contar con un ingrediente de planificación y dirección "bismarckianas".

Mientras tanto, el presidente de México, Salinas de Gortari, se reunió en Texas con su colega estadounidense George Bush, para adelantar las gestiones encaminadas a la participación mexicana en la Zona Norteamericana de Libre Comercio (ZNALC), ya creada por Estados Unidos y Canadá. El paso de México hacia la integración con sus vecinos del Norte constituye un cambio radical en la política exterior de la patria de Lázaro Cárdenas. Hasta hace menos de diez años, México era el principal abanderado del nacionalismo defensivo frente a la potencia yanqui. Pero los sufrimientos socioeconómicos, junto con el escepticismo ante las fórmulas políticas de la "revolución institucionalizada" han llevado a la mayoría de los mexicanos a respaldar las tesis de Salinas en el sentido de buscar el desarrollo, no solos ni asociados con otros países tercermundistas, sino pegados a un coloso capaz de enseñar y dar ejemplo.

La oposición mexicana de centroizquierda combate la estrategia del gobierno de su país y expresa el temor de que ella tendrá un doble inconveniente: convertir a México en un país más dependiente, mercado cautivo del gigante norteamericano, y separar a los mexicanos de sus hermanos latinoamericanos que sueñan con una integración regional autónoma o "bolivariana".

Tipo de integración éste, que sigue siendo promovido por el SELA con el firme respaldo político de gobiernos como el de Venezuela que, aún ajustando su política económica de acuerdo con las nuevas realidades, no parece dispuesto a echar por la borda los elementos esenciales de una estrategia autonomista.

ESTADOS UNIDOS ANTE EL MEDIO ORIENTE

Al concluir las victoriosas acciones militares contra Irak, el presidente Bush y su canciller Baker hablaron de un "nuevo orden mundial" de seguridad y paz bajo el liderazgo benévolo de Washington. Ese concepto conlleva un inevitable ingrediente de intervención o cuando menos de supervisión de las diversas regiones del mundo, comenzando por el Medio Oriente con sus agudos conflictos aún lejanos a fórmulas de solución definitiva.

El problema más inmediato que Estados Unidos enfrenta en el Medio Oriente es el del porvenir de Irak. La derrota militar de Sadam Husein por los ejércitos de la coalición significó el desprestigio y debilitamiento de su régimen, y condujo al levantamiento de diversas fuerzas políticas y étnicas; los curdos, pueblo culturalmente homogéneo pero dividido entre Irak, Turquía e Irán, que aspira a su independencia o por lo menos autonomía; grupos político-religiosos chiítas, alzados no sólo contra la opresividad de Sadam sino también contra el laicismo de su partido Baaz, y, en tercer lugar, agrupaciones de izquierda, incluido el partido comunista.

Estos rebeldes, por su heterogeneidad, actualmente sólo están unidos circunstancialmente por tener un enemigo común, pero no cabe duda de que, una vez derrocado Sadam Husein, comenzarían a luchar entre ellos. Al mismo tiempo, intervendrían en las querellas internas los cuatro países vecinos interesados, cada uno de ellos, en ganar una parcela de influencia dentro de Irak. Esos vecinos interesados son: Irán, que se sirve de los rebeldes religiosos chiítas; Turquía, que apoya la causa rebelde curda (aunque hasta hace apenas semanas, negaba la existencia misma del pueblo curdo y lo denominaba "turcos montañeses"); Arabia Saudita, con influencia entre los elementos tradicionalistas sunitas, y Siria, que tiene sus agentes dentro del propio partido Baaz y auspicia una rebelión anti-Sadam en su seno. Con esas divisiones internas e intervenciones exteriores, es probable que Irak, al derrumbarse el régimen actual, se convertiría en un segundo Líbano, desgarrado por constantes luchas civiles y carente de autoridad central.

Entre los Estados Unidos existe un fuerte debate entre los moralistas que miran con horror los sufrimientos actuales del pueblo curdo reprimido por las huestes de Sadam, y acusan a Bush de abandonar a quienes ayer llamó a la rebelión contra el régimen de Bagdad, y los realistas, que señalan lo peligroso para la estabilidad de la región que sería un segundo Líbano, fuente de violencias incontenibles. Más vale la continuación de Sadam en el poder que la anarquía, dicen los realistas, alegando además que ninguno de los bandos rebeldes (curdos chiítas, comunistas, baazistas disidentes) es verdaderamente democrático o humanista.

El otro gran problema —el más antiguo y fundamental del Medio Oriente— es el palestino-Israelí. El dilema de los estrategas norteamericanos es grande. Debe gratitud a Israel por su conducta comedida durante el conflicto del Golfo, cuando el Estado judío se abstuvo de replicar a los ataques misilísticos iraquíes para no perturbar la alianza de Estados Unidos con los países árabes "moderados". Al mismo tiempo, si Washington quiere mantener su prestigio y su influencia entre esos países árabes, forzosamente debe lograr algún avance hacia una solución política justa del problema palestino.

El primer cuarto de siglo de su existencia, el Estado de Israel estaba bajo el gobierno de los laboristas que rechazaban el expansionismo y hubieran estado dispuestos a una paz sincera con concesiones territoriales a los árabes, si sólo éstos hubiesen reconocido con igual sinceridad el derecho de los judíos a la legitimidad nacional y la paz. Pero en los pasados quince años, las cosas se han volteado: en Israel se fortaleció la derecha nacionalista e intransigente, y el bando palestino árabe se convirtió a la tesis del diálogo político y de la moderación cuando ya era demasiado tarde. Cuando los judíos deseaban dialogar, los árabes se negaban a ello, y cuando el bando árabe se tornó más conciliador, ya Israel se había endurecido. Por otra parte, Arafat cometió un fatal error al atar la causa Palestina a la aventura de Sadam Husein en la reciente guerra. Ahora más que nunca, los duros de Israel se mostrarán intransigentes.

Por la complejidad del Medio Oriente, y la falta de sutileza que a veces caracteriza la diplomacia norteamericana, no parece muy probable que —pese a su gran poder militar y políti-

co— Estados Unidos alcance su objetivo de traer la estabilidad a una región que a lo largo de su historia ha sido quebradero de cabezas para quienes trataron de gobernarla.

DEBATE INTERNO EN ESTADOS UNIDOS: ¿EJERCER EL PODER IMPERIAL?

Ante una nueva situación de dirigentes de la superpotencia única, las élites intelectuales y políticas norteamericanas dudan acerca del rumbo que deben tomar, entre los extremos del imperialismo global y la autolimitación aislacionista. Ambas tendencias tienen su tradición en la historia de Estados Unidos, y en ocasiones los mismos hombres eran imperialistas y aislacionistas a la vez, según las circunstancias específicas de un escenario mundial cambiante.

Algunos conservadores, tales como la profesora Jeane Kirkpatrick, ex embajadora ante la ONU y asesora del presidente Reagan, opinan que ahora que desapareció el enemigo único a quien había que temer —el comunismo y el expansionismo soviético—, Estados Unidos debería olvidarse de los problemas del mundo exterior, salvo en la medida en que afecten sus intereses económicos y su seguridad en forma directa.

También existen algunos aislacionistas liberales que pregonan esa línea de conducta con afán antimperialista y sentido autocrítico (falta de autoridad moral para dar lecciones a los demás).

La tesis imperial e intervencionista más completa fue expresada en el número más reciente de la prestigiosa revista trimestral *Foreign Affairs* por el analista de problemas internacionales Charles Krauthammer. En su artículo "El Momento Unipolar", Krauthammer opina que Estados Unidos no puede eludir la responsabilidad de ser policía del mundo mientras dure su actual poder casi exclusivo (unos veinte a cincuenta años, según el pronóstico del autor). Para preservar la paz mejorar la condición humana, debe presionar en favor de la democratización política y la instauración de economías de mercado en todo el globo terrestre, y debe utilizar su

aparato militar para golpear y quebrar el poder de lo que denomina "Estados-Arma" ("Weapon States"). Por ese término, Krauthammer entiende Estados como el Irak de Sadam Husein: países tercermundistas con la osadía de desafiar la hegemonía norteaña mediante la creación de fuertes dispositivos militares nacionales y el establecimiento de esferas de influencia regionales. Para este autor, en cierto modo el Sur sustituye al Este como adversario o reto para Estados Unidos.

Intervencionista también, pero más moderada, es la tesis del Profesor G. Mandelbaum en la misma publicación. Opina Mandelbaum que Estados Unidos debe ejercer acciones y presiones preventivas constantes en el mundo entero, para promover la paz, el mejoramiento de los derechos humanos, el sistema económico capitalista y el libre acceso a recursos y mercados. A diferencia de Krauthammer, Mandelbaum quisiera evitar la opción del uso de la fuerza armada.

Por el contrario, en ese mismo número de Foreign Affairs, el punto de vista antiintervencionista es defendido por el escritor y periodista William Pfaff, uno de los mejores pensadores democráticos y de amplia sensibilidad social. Pfaff enjuicia la situación interna de Estados Unidos, caracterizada por fenómenos de violencia y de corrupción, por el deterioro económico y una creciente injusticia y miseria social. Bajo esas condiciones, opina que Norteamérica es incapaz de ejercer una hegemonía internacional convincente o constructiva; la política exterior de un país inevitablemente expresa su realidad interna. Debe comenzarse por modificar y mejorar las estructuras sociales, políticas y morales internas, y al lograr ese objetivo, Estados Unidos comenzará de modo casi automático a ejercer una influencia mundial benéfica: la acción exterior más eficaz es la del buen ejemplo.

CRISIS Y CONTRADICCIONES EN EL ESTE

En la URSS se agrava cada vez más la situación de desabastecimiento y de angustiosa pobreza. Al comenzar por relajar la autoridad política antes de introducir reformas y reestructuraciones económicas, el presidente Gorbachov impidió que siguiera funcionando el sistema tradicional (que

requería una autoridad centralista monolítica), y no creó las bases del sistema sustitutivo, parcialmente de mercado, que ya debería estar en marcha para proveer los bienes y servicios necesarios.

La brusca liberalización política sin preparación socioeconómica previa ha dejado rienda suelta a todos los "radicalismos" tanto nacionalistas o separatistas como de renovación social y política en sentido vertical. Está funcionando la ley del péndulo: cuando determinado régimen o determinado sistema ideológico ha sido opresivo y abusivo, el pueblo buscará su liberación en forma radical, orientándose hacia la opción ideológica más extremadamente opuesta. Por ello hay en la URSS los llamados "radicales" son conservadores en el sentido occidental: por odio al "comunismo" opresivo que dejaron atrás, creen que el otro extremo —el "rudo individualismo" de los neoliberales yanquis— debe ser la fórmula ideal. Del mismo modo, los nacionalistas regionales, al sacudir el yugo centralista de Moscú, en una primera etapa reaccionan en forma extrema, planteando independencias irrestrictas que, de ponerse en práctica, anarquizarían el vasto espacio de Eurasia, septentrional.

Pero es propio del péndulo, volver hacia atrás en sentido contrario al inicial. Frente al "radicalismo" con tendencia hacia la restauración capitalista y la desintegración de la URSS, han aparecido fuerzas "conservadoras" que incluyen a los comunistas de línea dura o simplemente moderada, y al aparato militar y de seguridad del estado. Ante el desorden imperante, el movimiento pendular de retorno hacia un "conservatismo" parece estar iniciándose.

Como ya lo señalamos en un número anterior de esta revista, el Sur o tercer mundo tiene todo interés en que la URSS se re-establezca (sin dejar de efectuar la deseable y necesaria democratización y humanización de su sistema). Para el Sur, un mundo bipolar ofrece mejores posibilidades de autonomía y de ascenso, que un mundo unipolar.

El peligro está en que el péndulo conserve todo su impulso y que el retorno hacia el "conservatismo" sea extremo, resurgiendo fuerzas estalinistas, tal vez aliadas —¡idea espantosa!— a elementos de la ultraderecha tradicional que recientemente ha resurgido: los neozaristas, fascistas y racistas del movimiento "Pamyat" y otras agrupaciones similares.

Probablemente la fórmula que más hubiera convenido a los pueblos de la URSS, así como al mundo exterior, era la que defendía (y que acaba de exponer en un libro) el dirigente soviético Yegor Ligachev, rival "conservador" de Gorbachov en la primera etapa del glasnost-perestroika. Ligachev, quien no es ni estalinista ni brezneviano, sino **todo un reformista y democratizador**, sólo que más prudente que Gorbachov en los métodos, proponía y sigue proponiendo la inversión de las prioridades: mantener las riendas políticas firmemente agarradas mientras se efectúan en primer lugar las reformas económicas esenciales, y luego aflojarlas y avanzar hacia el pluralismo, cuando ya existan las bases de una nueva economía mixta: control social en la cumbre, combinado con la descentralización y el mercado en los sectores no básicos.

En los demás países de Europa central y oriental liberados de la dictadura comunista también se notan los primeros indicios del retorno del péndulo desde la ilusión neoliberal extrema hacia el reconocimiento de que el socialismo tiene algunos aspectos buenos y que la democratización no tiene necesariamente que conllevar un capitalismo integral. El ejemplo más patente es el de los alemanes del Este que antes de la reunificación aclamaban frenéticamente a Helmut Kohl, paladín del liberalismo económico, y hoy le manifiestan un rechazo visceral y violento.

En todo el Este, para que el movimiento democrático de los últimos años tenga sentido realmente progresista o "revolucionario", sería deseable que pronto el péndulo de las opciones socioeconómicas vuelva de la derecha hacia una posición a la izquierda del centro, procurándose economías de mercado socialmente reguladas y puestas al servicio del ser humano, y no las economías de mercado archicapitalistas recomendadas por los conservadores de Occidente.

